

El tiempo material, el tiempo morontial y el tiempo espiritual, o “la importancia del tiempo según El Libro de Urantia” – 1ª Parte

Por Jean-Marie Chaise

Publicado en el boletín nº 26 de “Le Lien Urantien” – Verano 2003

¿Acortar el tiempo?

El Libro de Urantia nos enseña que el tiempo y el espacio no existen en el Paraíso (P.12:13). Por otra parte, comprobamos que en los universos habitados como el nuestro el tiempo y el espacio no pueden concebirse el uno sin el otro. Sin duda podemos calificar esto como la trascendencia del tiempo y del espacio. Esta doble trascendencia del tiempo y del espacio en el Paraíso tiene por corolario la doble inmanencia del tiempo y del espacio en los universos exteriores al Paraíso. Dios no necesita ni tiempo ni espacio, mientras que el hombre no puede prescindir ni del uno ni del otro. Esto parece ser igual en todos los universos del espacio y del tiempo y desde la tierra hasta Havona y hasta las siete esferas del Padre. En todas partes el tiempo es el tiempo, el espacio es el espacio, adornados el uno y el otro con medidas espaciales y temporales que tienen bien ocupados a los cronoldeques, frandalanques y a los Importancia del Tiempo.

Sentado esto, podemos remarcar que el Libro de Urantia no nos habla en ningún sitio de un encogimiento cualquiera, ya sea del tiempo o del espacio, exceptuando la respiración cósmica, lo que contradice todas nuestras aproximaciones de una estimación temporal adecuada de nuestro entorno sobre largas distancias. Se nos ha enseñado que *“la relación presente de vuestro sol y sus planetas asociados, aunque revela muchos movimientos relativos y absolutos en el espacio, tiende a dar la impresión a los observadores astronómicos que estáis relativamente estacionarios en el espacio y que los conjuntos y sucesiones estelares circundantes vuelan hacia afuera a velocidades cada vez mayores a medida que calculáis hacia afuera en el espacio. Pero tal no es el caso. Vosotros no reconocéis la presente expansión uniforme hacia afuera de las creaciones físicas de todo el espacio ocupado. Vuestra propia creación local (Nebadon) participa de este movimiento de expansión universal hacia afuera. Los siete superuniversos participan en los ciclos de respiración espacial de dos mil millones de años, juntamente con las regiones exteriores del universo maestro.”* (P.134:1) Y se nos dice además: *“La totalidad de la respiración espacial destruye su valor local como fuente del tiempo.”* (P.134:6)

De modo que el tiempo, a semejanza del espacio, no parece poder contraerse. Sin embargo se nos dice por otro lado: *“A medida que la personalidad continúa su camino, hacia arriba y hacia dentro, hasta los niveles trascendentales de semejanza con la Deidad, el concepto del espacio-tiempo se acercará cada vez más a los conceptos desprovistos de tiempo y de espacio de los Absolutos. Relativamente, y según sus logros trascendentales, los hijos con destino último llegarán a percibir estos conceptos del nivel absoluto.”* (P.1439:6). Hay ahí un denso misterio que tendremos por tanto que resolver durante nuestra larga ascensión hacia el Padre, y no lo vamos a resolver aquí. Sin embargo, ya que todas estas cosas se nos dan a conocer tan

escrupulosamente, y ya que nos planteamos esta cuestión recurrente de la contracción del tiempo, es indudable que se nos propone reflexionar sobre ello desde ahora. Reflexionemos por tanto, pues parece que el tiempo es algo importante ya desde nuestra vida actual: *“El tiempo es la dote universal de todas las criaturas volitivas; es el «talento» confiado a todos los seres inteligentes”* (P.315:2). La cuestión está planteada: ¿en qué consiste el tiempo?

El tiempo material

En el momento en que el hombre se plantea una pregunta, sea cual sea, de entrada tiende a responderla mediante lo que le han enseñado, lo que ya sabe o lo que piensa encontrar en el transcurso de sus investigaciones basadas en hipótesis, es decir, mediante la ciencia de su tiempo. Es así como, a propósito del tiempo y del espacio, su primera tendencia es la de comparar los ciclos que conoce por haberlos medido. Ahora bien, hay que comparar lo que es comparable; y si El Libro de Urantia se entrega a tales comparaciones, es porque sus autores estiman que las secuencias de tiempo de las que nos hablan son de la misma naturaleza. En el interior del tiempo sólo difieren las duraciones, del mismo modo que en el espacio sólo difieren los volúmenes. Así, El Libro de Urantia nos enseña que los ciclos temporales en el universo y hasta el Paraíso están organizados en todas partes de la misma manera. En nuestro sistema el año de Satania consta de 100 días de Jerusem, su planeta sede; en nuestro universo el año de Nebadon consta de 100 días de Salvington, su planeta capital; en nuestro superuniverso el año de Orvonton consta de 100 días de Uversa, su mundo sede. Por otro lado, se nos enseña que 365.000 días de Urantia equivalen a un día del Paraíso. *“Mil años son como un día”* nos dicen nuestras Sagradas Escrituras. ¿Qué significa esto?

En efecto, se nos dice por un lado que en el Paraíso no hay tiempo, y por otro que un solo día de este mismo Paraíso dura trescientos sesenta y cinco mil de nuestros días. ¿Con estas afirmaciones no se atenta a nuestro equilibrio mental? Y si continúo, ¿no acabaré rozando la esquizofrenia? ¿No hay aquí material para reflexiones maduras y posiblemente salvadoras? ¿En qué consiste el tiempo cuando llegamos a los mundos de Havona? Si creemos lo que El Libro de Urantia nos dice (y lo creemos, ¿no es así?), el tiempo es, aquí también, de la misma naturaleza, y en consecuencia comparable al de Urantia. En efecto, se nos dice: *“Cada mundo de Havona tiene su propio tiempo local, determinado por su circuito. Todos los mundos de un circuito dado tienen años de la misma longitud, puesto que giran uniformemente alrededor del Paraíso, y la duración de estos años planetarios decrece según se va del circuito más exterior al más interior.”* (P.153:2). Estas dos frases nos enseñan dos cosas peculiares e incluso interesantes, sin cambiar sin embargo nuestro punto de vista sobre el tiempo de los elementos físicos. Revelan que los circuitos de Havona no giran a la misma velocidad unos y otros, aunque los planetas de un mismo circuito sí lo hacen. Cuanto más cerca está un circuito de las inmensas siete esferas del Espíritu Infinito, más rápidamente giran. De este modo, sus velocidades respectivas aumentan proporcionalmente en función de su proximidad al centro, y también en

función de otro dato que no se nos ha revelado. Todo esto resulta bastante sorprendente; en efecto, examinemos esta cuestión con una rueda de madera. Recordemos esas primeras ruedas de nuestros ancestros utilizadas en sus antiguos carros. Sobre esta rueda trazaremos siete círculos concéntricos y un radio que los atraviese a todos. En cada intersección de este radio con los siete círculos tendremos así el emplazamiento de siete puntos-planetas pertenecientes respectivamente a cada uno de los circuitos de Havona. Hagamos girar la rueda. En los siete puntos que se encuentran en un mismo radio constatamos que los siete planetas giran al mismo tiempo alrededor del centro. En nuestra rueda ficticia universal, el año (una vuelta de rueda) de un mundo cualquiera de no importa qué círculo tendría por tanto la misma duración. Pero vemos claramente que el planeta más interior gira mucho más lentamente. Ahora bien, se nos dice que el punto que se encuentra más al interior en la rueda debería terminar una vuelta más rápidamente que el punto que se encuentra sobre el segundo círculo; por tanto sería necesario que la rueda se presente como un rodamiento, qué digo, más bien como siete rodamientos concéntricos, con el fin de que el más interior pueda girar más rápido que el segundo, el segundo más rápido que el tercero, etc. Como nos dice El Libro de Urantia, *“la duración de estos años planetarios decrece según se va del circuito más exterior al más interior”*. Por ello las velocidades son mayores cuanto más cerca se esté del centro. Y cuando consideramos el gigantesco conjunto que constituye Havona, podemos aproximarnos mejor a la idea de la velocidad impulsada en el circuito interior. En efecto, si las velocidades son decrecientes partiendo del centro hacia la periferia, es preciso ver que el circuito interior de Havona está constituido por planetas que efectúan sus rotaciones mucho más rápido que los del séptimo circuito, ya que entre ellos se intercalan otras cinco velocidades decrecientes. El valor de estas respectivas velocidades no se nos ha indicado. Puede ser que haya ahí un elemento que pueda explicar las nociones de espacio y de tiempo acortados y producidos por un artífice que se escape a nuestra comprensión. ¿Están en el origen de este efecto hipotético el espacio reducido más las velocidades aceleradas?

Está muy bien saber esto, y quizá cuanto más avancemos hacia el centro, más nos parecerá que esta rotación acelerada es significativa de un cambio en los datos temporales, pero de momento estamos todavía en Urantia y tendemos a establecer que el tiempo es comparable de una punta a la otra del universo, con excepción del Paraíso, que *“es la única cosa estacionaria en el universo de universos”* (P.7:10). Las duraciones se establecen en todas partes en función de las velocidades de los elementos considerados en sus localizaciones respectivas. Estas velocidades están siempre e igualmente en función de un centro; centro del núcleo atómico, centro de un sistema solar, centro de un sistema local, centro de una constelación, etc. Todos los tiempos estandarizados más o menos localmente pueden ser establecidos únicamente en relación a la constante temporal establecida por la Deidad. Pero nuestro problema no está todavía resuelto. Tendremos que encontrar algo diferente al análisis de las diferentes rotaciones de los elementos físicos para explicarnos la atemporalidad y la

espacialidad del Paraíso, porque aquí el tiempo no puede ser acortado de ninguna manera, ya que en el centro de todas las cosas el tiempo puede no existir eternamente. De hecho, todo puede resumirse en esta afirmación de Jesús, con la condición de que no atribuyamos al término “algo” otra designación diferente a la que se alude manifiestamente. Jesús decía: *“El movimiento del tiempo sólo se revela en relación con algo que no se mueve en el espacio como un fenómeno dependiente del tiempo.”* (P.1439:2). Tenemos una idea intuitiva de lo que se trata, pues El Libro de Urantia nos enseña por otra parte que lo único que no se desplaza en el universo de universos, lo único inmóvil no es otra cosa que la Isla Eterna y Estacionaria del Paraíso, sin espacio ni tiempo.

Si los tiempos estándar establecidos sólo está en función del centro alrededor del cual evolucionan los elementos que de él dependen, esto no justifica nuestra búsqueda de una hipotética contracción del tiempo ni de un no menos hipotético encogimiento del espacio. En efecto, *“Desde un punto de vista práctico (físico, matizo yo), el movimiento es esencial al tiempo, pero no existe una unidad de tiempo universal basada en el movimiento, excepto que el día estándar del Paraíso-Havona se considera arbitrariamente universal.”* (P.134:6). Es interesante hacer notar aquí que en el día estándar del Paraíso parece incluirse también a Havona, lo que significaría que, sean las que sean las velocidades de rotación de los mil millones de mundos de Havona, un día de un planeta del circuito más interior es mucho menos largo que un día de los planetas de circuitos más alejados del centro. ¿Quiere esto decir que habría más materia que considerar sobre el tema del acortamiento del tiempo?

Como no estamos allí, hasta que no tengamos más información debemos considerar que las unidades materiales, pequeñas o grandes, átomos o universos, girarían en el espacio según tiempos dependientes de un centro, y que sus arquitectos respectivos han organizado sus espacios de revoluciones y también sus tiempos de revoluciones, estableciendo relaciones entre movimientos, es decir, velocidades de desplazamientos rotacionales de la materia energía. Por ello nos dice este Perfeccionador de la Sabiduría: *“Las relaciones con el tiempo necesitan del movimiento en el espacio para existir”*, lo que corrobora Jesús al declarar: *“El universo del espacio es un fenómeno relacionado con el tiempo cuando es observado desde cualquier posición interior, fuera de la morada fija del Paraíso.”* (P.1439:2).

El tiempo morontial

La dificultad de probar el acortamiento del tiempo o del espacio no es de orden físico. El estudio atento del espacio y del tiempo por la ciencia no revela nada de ningún acortamiento de uno o del otro. Parece que nuestro saber se enfrenta con quimeras para probar lo que no ha sido revelado por El Libro de Urantia, a saber, que el tiempo y el espacio serían susceptibles de ser acortados. De una vez por todas, deberíamos comprender que el tiempo y el espacio son datos puramente experienciales de la materialidad. Son los factores interdependientes constitutivos del movimiento de la energía-materia, son los resultantes

conjugados de la obra de los veintiocho mil once Arquitectos Maestros, lo que les da su carácter esencialmente experiencial aplicable a todo el universo maestro. El tiempo no puede por tanto ser existencial de ninguna manera, en el sentido que nuestros Reveladores entienden este concepto. Incluso en Havona el tiempo y el espacio son la parte experiencial de las relaciones existenciales-experienciales. No lo sabemos, pero nuestros reveladores tienen su opinión sobre estos temas. Nos dicen: *“Tendemos a opinar que las potencialidades de Havona eterna son realmente ilimitadas, que el universo central tiene capacidad eterna para servir como universo de capacitación experiencial para todos los tipos de seres creados, pasados, presentes y futuros.”* (P.163:3).

Havona es el interfaz magistral entre el exterior experiencial y el interior existencial. Proviene del Paraíso en el sentido de que es subabsoluto, y proviene de los superuniversos en el sentido de que es superevolucionario, *“siendo existencial-experiencial, está más cerca de lo absonito que de cualquier concepto revelado a vosotros”* (P.481:4). Havona no es por lo tanto ni ABSO-luto ni FINITO, es ABSO-NITO. Ahora bien, ¿qué significa ser absonito? Según la escrupulosa terminología utilizada por nuestros Reveladores, ser absonito es *“existir, simplemente”* (sin connotación del hecho de estar manifestado o en el dominio experiencial). *“El nivel de Deidad de la Ultimidad implica una actividad relacionada con las realidades absonitas”*. (P.2:12). ¿Cómo se manifiesta el Último? Es decir, ¿cómo se manifiesta la implicación de los seres absonitos en el Último? La respuesta está incluida totalmente en el difícil significado del verbo inglés *“to eventuate”*, que significa algo así como: manifestarse, o mejor, aparecer finalmente, un poco como si los seres absonitos fueran seres existenciales que acaban por aparecer según las voluntades de la Deidad en los dominios experienciales.

Sin duda, el análisis del papel de Havona es excesivamente complejo. Pero podemos sin embargo determinar que es, para todas las criaturas mortales ascendentes, el lugar donde tendremos que perfeccionar nuestros conceptos de tiempo y de espacio con el fin de conseguir trascenderlos y lograr nuestra ascensión al Paraíso.

Si la dificultad de probar un acortamiento del tiempo y del espacio no es de orden físico, podemos sin duda examinar en qué podría ser morontial mediante el estudio de la mota, esta reflexión más que superfilosófica. Se nos ha dicho que en nuestro mundo, como en todos los mundos, pero principalmente en mundos no suficientemente evolucionados como el nuestro, la mota se ha reemplazado por las Revelaciones que aportan diferentes misiones en el curso de las épocas evolucionarias. Ahora bien, la Revelación de El Libro de Urantia es de alguna forma nuestra mejor fuente actual de mota, al menos la más reciente y la más extendida, es decir, conforme a nuestra evolución presente. Es por tanto en El Libro de Urantia, este sustituto compensatorio a la mota en nuestro mundo presente, donde podremos extraer los conceptos útiles para nuestra búsqueda. No tenemos en El Libro de Urantia ningún concepto revelado de mota. Sin embargo, sabemos que el estudio de esta verdadera

metafísica está llamada a permitirnos evolucionar en cuanto nos encontremos en el primer mundo de las mansiones (P.556). Es en el tercer mundo donde comenzaremos verdaderamente nuestra cultura morontial. Allí nos educaremos, y se nos dice que *“el propósito principal de esta capacitación consiste en mejorar la comprensión de la correlación de morontia mota y la lógica mortal, la coordinación de morontia mota y de la filosofía humana.(...)Es la introducción real a la comprensión inteligente de los significados cósmicos y las interrelaciones en el universo”* (P.536:1).

Es por tanto en el ámbito de los conceptos, del dominio mental, donde estaremos más cerca de las cuestiones reales que conciernen a las significaciones cósmicas y a las interrelaciones universales, y donde podremos buscar respuestas. Pero antes debemos profundizar en esta realidad que se nos ha anunciado: *“El mecanismo divino del universo de los universos es demasiado perfecto para que los métodos científicos de la mente finita del hombre puedan discernir, aunque fuera una huella del dominio de la mente infinita. Esta mente creadora, controladora y sostenedora, no es ni mente material ni mente de criatura; es mente de espíritu, que funciona en, y a partir de, los niveles creadores que pertenecen a la realidad divina.”* (P.481:6). Por tanto, no pretenderemos discernir siquiera una huella de la dominación de la mente infinita; intentaremos como mínimo comprender en qué consistirá verdaderamente nuestro estudio de las realidades cósmicas, espacio y tiempo, desde ahora y hasta la finalidad de nuestro destino en el Paraíso. Si este estudio debe hacerse en el plano mental, nos hace falta definir en qué es indispensable la mente para ello. Ahora bien, en sustancia se nos ha dicho en la página 8:8 que la mente es *“La totalidad de la experiencia consciente e inconsciente. La inteligencia asociada con la vida emocional, que se eleva hasta el nivel del espíritu mediante la adoración y la sabiduría”*.

Esta definición de mente está cargada de consecuencias para nuestro estudio del tiempo y del espacio, pues la conciencia y la inconsciencia de la personalidad están sujetas a mayores o menores evaluaciones de los tiempos y los espacios. Sin duda, en estas estimaciones relativas es donde se encuentra el fenómeno de nuestra presente incompreensión sobre estos temas. Concretemos todo esto: las duraciones de nuestras actividades no nos parecen de igual valor, según las pasemos como tareas agradables o desagradables, preocupantes o aburridas. Probemos que, para vidas de idéntica duración efectiva, si pudiéramos abstraernos de esto completamente, las duraciones experimentadas por unos y otros diferirían enormemente. Podemos pensar que la parte inconsciente de nuestras estimaciones va mejorando a medida que avanzamos en la vía de nuestra ascensión hacia el Paraíso, pero por el contrario la estimación de la duración de una acción dada parece estar fuertemente influida por la duración de nuestra existencia pasada lo mismo que, y sobre todo por nuestra eternidad futura de existencia prometida. Al llegar al primer mundo de las mansiones, sólo dos cosas cambiarán para nosotros: tendremos un nuevo cuerpo y conoceremos de forma cierta que se nos ha ofrecido una eternidad para progresar hacia el Padre.

Ahora bien, la primera ruptura, si se le puede llamar así, en nuestras estimaciones actuales de valores temporales y espaciales, se hará necesariamente cuando nos despertemos en el primer mundo de las mansiones. El común de los mortales limita conscientemente su existencia a algunas decenas de años pasados en la tierra. ¿Pero qué es eso cuando se comprueba que se nos ofrece una eternidad de tiempo? Súbitamente ya no vivimos según los mismos criterios de apreciación. Una idea de este gran cambio se nos da en El Libro de Urantia con motivo del proceso a Lucifer. Así, sobre la tierra, juzgamos enormemente largo el proceso de juicio de esta inicua personalidad, que comenzó unos doscientos mil años después de su crimen. Ahora bien, se nos ha informado de que *“el valor relativo del período de tiempo desde el punto de vista de Uversa, en donde la causa está pendiente, podría ilustrarse diciendo que el crimen de Lucifer fue llevado a tribunales dentro de dos segundos y medio de haberlo cometido”* (P.618:2). En el mismo párrafo se nos dice: *“si un mortal de Urantia de una vida de longitud promedio cometiese un crimen que precipitara un pandemio mundial, y si se le arrestara, se le llevara ante los tribunales, se le juzgara y se le ejecutara a los dos o tres días de cometer el crimen, ¿os parecería a vosotros mucho tiempo? Y sin embargo eso se acercaría más, comparativamente, a la duración de la vida de Lucifer, aun si su juicio, ya iniciado, no se completara en cien mil años urantianos”*. Tal espera sería lógica según los jueces de los superuniversos, los Ancianos de los Días. Ahí vemos bien lo diferentes que son las estimaciones temporales entre, por ejemplo, los hombres y ciertas personalidades universales. El tiempo parece contraerse a medida que el tiempo de existencia de las personalidades aumenta. Lo que nos parece una eternidad aquí abajo se convierte en una duración comprensible más lejos, en dirección al centro del universo.

El tiempo es por tanto relativo a las duraciones de la existencia de las personalidades, tanto a las duraciones pasadas como a las futuras, y parece que deba por tanto manifestarse progresivamente, a medida que subimos las escaleras que nos llevan al Padre. El tiempo no es lo que creemos, pues está adaptado perpetuamente por las conciencias y ahí está el verdadero acortamiento que nos acerca tanto a nuestro abrazo con la Deidad. Por ello un día Jesús declaró: *“El tiempo es la corriente de los acontecimientos temporales que fluyen, percibidos por la conciencia de la criatura.”* (P.1439:2). La percepción consciente es, en efecto, siempre diferente al ritmo inexorable de los relojes, siempre diferente al ciclo nictimeral, siempre y cada vez más diferente a las duraciones de los acontecimientos de la materia-energía activa. En efecto, la percepción consciente del tiempo tiende siempre a aproximarse al concepto de eternidad. Pues la conciencia del tiempo no necesita del movimiento en el espacio para existir (P.134:6). De ahí a prever que nuestra carrera progresiva sobre el camino ideal será evaluada por nuestra apreciación progresiva del acortamiento del tiempo, no hay más que un paso que dar constituyendo el elemento temporal de nuestra carrera a través de los mundos del espacio. Pero por mucho que lleguemos a reducir nuestras estimaciones temporales y espaciales, no alcanzaremos la atemporalidad antes de haber franqueado el interfaz entre el tiempo y la eternidad que constituyen los mil millones de mundos de Havona, entre la experiencialidad y la existencialidad.